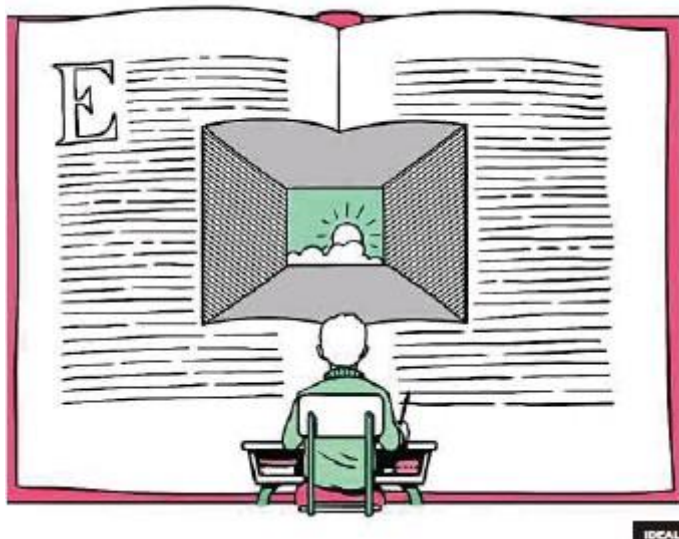


¿Enseñar nuestra lengua a nuestros niños?

- 8 Dec 2021
- JOSÉ MARÍA BECERRA HIRALDO Catedrático de Lengua española



Hasta hace poco la enseñanza de nuestra lengua se limitaba a la lengua escrita: «Puesto que ya se sabe hablar vamos a dedicarnos a enseñar a escribir». Así hemos vivido en la ‘galaxia Gutenberg’, a pesar de la definición tradicional de gramática, «arte de enseñar a hablar y escribir correctamente un idioma». Tanto ha sido así, que ha habido momentos y actuaciones en las que ha parecido que más que ser la lengua escrita un ‘sustituto’ de la lengua hablada se trata de lo contrario: la lengua hablada como un reflejo imperfecto de la escrita; a ello ha contribuido siempre –y aún hoy, aunque ya menos por los medios técnicos que permiten la recogida y conservación de la lengua oral– la necesidad, sentida por todo científico, por todo estudioso, de tener delante de sus ojos, fuera de sí, como un ‘objeto’, aquello que está practicando y estudiando. Este objeto debe ser estudiado por nuestros hijos hispanohablantes de forma proporcionada y adecuada a los niveles del ciclo educativo.

Hay que comenzar por ocuparse de la premisa: ¿Ya se sabe hablar cuando se llega al primer nivel de ese ciclo, la Primaria? Deshagamos un equívoco: cuando el niño está en ese primer nivel es cierto que, de modo progresivamente más adecuado, sabe ‘comunicarse’ y en esa comunicación la lengua es un factor primordial; pero también lo es que todavía no sabe ‘hablar’, si por ello se entiende un manejo correcto de su lengua. Lo que debe hacerse en esos cursos es: reforzar el dominio que el niño ya tiene de su lengua, corregir posibles defectos o desviaciones y enriquecer sus procedimientos expresivos, procurando aumentar el caudal léxico y el repertorio de estructuras sintácticas. Todo ello, en este nivel, sin teorías, sin libros de texto –quiero decir: sin libros de gramática–; ha de hacerse sobre lo que los propios alumnos digan y sobre textos no complicados de procedencia tan diversa como se quiera, aunque lo más adecuado será trabajar con textos referidos, por una parte, al entorno que rodea al niño y, por otra, a temas que se supone que despiertan un interés mayor en esa edad. También habrá de iniciarse la enseñanza de la lengua escrita, enseñanza que necesita de

una condición previa: que el niño adquiriera la conciencia de la importancia que a lo largo de su vida va a tener la comunicación escrita, tanto activa como pasiva. Sin fetichismos, habrá que cuidar la ortografía, siempre a través de la lectura, de la memoria gráfica, y no con el machaqueo de reglas, de trampas, de palabras aisladas de ortografía difícil.

En la segunda etapa, la ESO, debe seguirse el mismo camino, con aumentos cuantitativos y cualitativos sobre lo dicho. Otro hecho decisivo sobre el que se debe empezar a insistir en esta segunda etapa es el de que los alumnos sean cada vez más conscientes de que en todas las lenguas existen lo que técnicamente se llaman ‘registros’, diferencias habladas, de estilo (‘lenguaje usual’, ‘lenguaje formal’, ‘lenguaje solemne’, ‘lenguaje familiar’); dicho con otras palabras: si bien es posible que el sistema de la lengua sea uno solo, su utilización debe adecuarse a las circunstancias que caracterizan a cada uno de esos estilos; si una persona habla igual en todas las situaciones, o bien está revelando sus deficiencias en el uso de la lengua, o bien será calificada de ‘pedante’ o de ‘vulgar’, según los casos.

El tercer nivel está representado, para los que continúan en el ciclo educativo, o por la Formación Profesional o por el Bachillerato. Considero absolutamente necesario que en él la enseñanza de la lengua reciba la atención debida. Hay que continuar con todo lo dicho anteriormente: es absolutamente inadmisibile el hecho, que entre nosotros se da con más frecuencia de la por todos deseada, de que un bachiller no sepa expresarse oralmente y por escrito con total corrección en su propia lengua, y, que, en consecuencia, corra el riesgo de no entender bien aquello que se le diga o que lea. Sin entrar en polémicas, estoy convencido de que quien bien habla o bien escribe está revelando que posee una buena organización mental. Decía el prof. De Molina en referencia a los exámenes que quien sabe expresarse tiene ya a su favor –por supuesto, si posee unos conocimientos mínimos– el 50% de posibilidades de salir airoso. Resulta necesario, pues, proseguir esa labor de afianzamiento de lo ya poseído y enriquecimiento de las capacidades expresivas; para ello, será poco todo el tiempo que se dedique a lecturas de textos diversos y ya más complejos, a resúmenes escritos críticos de lo leído y a exposiciones orales. Ya no se trata solo de enriquecer y perfeccionar un lenguaje adquirido por vías naturales (familia, grupo social o cultural, etc.), sino de sistematizar y reflexionar sobre la lengua y de ampliar las perspectivas lingüístico-culturales, que van desde el perfeccionamiento expresivo al despertar de las cualidades estéticas de la obra literaria. En la tercera etapa, el alumno debe pasar de la gramática anterior, inconsciente, eminentemente oral y simple, al código escrito, donde la complejidad gramatical es mayor y donde debe dominar conscientemente las realidades elementales de la morfosintaxis. La enseñanza de la gramática, concebida no como un fin en sí misma, sino como el mejor instrumento para alcanzar un aceptable dominio de la lengua en todas sus manifestaciones.